

Un médico de la UABJO relata cómo fue traído de Chilpancingo, para "confesar"

► Me tendieron boca abajo en el piso del coche y pusieron cómodamente los pies sobre mí todo el camino

► Querían que dijera dónde se escondía Felipe Martínez Soriano

Un grupo de agentes de la Brigada Blanca, encabezados por el comandante Morlet, secuestraron el pasado 18 de mayo al doctor Cándido González Urióstegui, ex empleado de la Universidad Autónoma "Benito Juárez" de Oaxaca, y lo mantuvieron incomunicado durante 9 días en una cárcel clandestina de esta capital.

En ese lapso, el médico fue torturado física y mentalmente, por indicaciones expresas del subdirector de la Dirección Federal de Seguridad, Miguel Nassar Haro. Cuando finalmente fue puesto en libertad, tenía dos costillas rotas, golpes en todo el cuerpo y ceguera parcial.

En un testimonio escrito, entregado a este diario, el doctor González Urióstegui, señala que "sé que estoy firmando mi sentencia de muerte con esta denuncia" y en una entrevista telefónica, realizada ayer, confirmó: "en el momento que me quieran buscar, ya saben dónde vivo".

González Urióstegui, según su relato, fue empleado y catedrático de la Universidad Autónoma "Benito Juárez" de Oaxaca, en los últimos meses del rectorado del doctor Felipe Martínez Soriano, que fue desconocido a principios de este año, a raíz de un conflicto que culminó con la entrada del ejército en la UABJO y con la persecución policiaca del rector.

Terminada su labor en Oaxaca, el doctor González Urióstegui volvió a Chilpancingo, Guerrero, donde ha vivido siempre. Tanto él como su mujer, María Luisa Arango Dávila, fueron señalados como integrantes de la supuesta organización "Unión del Pueblo".

La noche del 18 de mayo, después de las 10:30, quince agentes de la Brigada Blanca irrumpieron en el domicilio del doctor Wenceslao González Urióstegui, que vive en el número 12 de la calle de Mina, en la capital de Guerrero, y entraron preguntando por el doctor Cándido González Urióstegui, que ocupa el inmueble contiguo.

En el número 12, los agentes, con armas largas y actos prepotentes; forcejearon con la madre de los médicos, la señora Aurora Urióstegui viuda de González, de 82 años de edad, y con el propio Wenceslao. Asimismo, intentaron llevarse a la hija de Cándido —una niña de 4 años—, pero la abuela lo impidió.

Después de saquear ese domicilio, los agentes se trasladaron a casa de Cándido, de 54 años. En el momento de tomarlo preso, el comandante Morlet le propinó dos golpes en el costado. que le rompieron al médico la séptima y la octava costillas. Y se apoderaron de él en seguida, junto con una serie de objetos de valor, cuyo monto asciende a más de 20 mil pesos.

Por el camino de Chilpancingo al Distrito Federal, el doctor Cándido González Urióstegui fue conducido a bordo de un automóvil "mustang", tendido en el suelo del compartimento trasero, mientras dos de los agentes "ponían cómodamente sus pies encima de mi espalda, de mis brazos y de mis piernas".

Al llegar a esta capital, donde le vendaron los ojos, afirma que fue llevado a un edificio, al cual se entra por un amplio garage —siempre según su relato— y a donde se tiene acceso a un ascensor. Entonces sintió que el aparato subía como tres pisos, y luego, por el viento, supo que estaba en una azotea.

Allí fue encerrado en un cuarto —"como de dos metros por tres"— y desde ese sitio escuchó voces y gritos de otras personas, que, según deduce, estarían en condiciones semejantes. Los siete días que permaneció en aquel lugar sólo recibió por toda alimentación, cada 24 horas, un refresco y un bizcocho. Además, dice, "frecuentemente escuchaba unas campanas".

En todo ese tiempo, los agentes que había en esa casa se dedicaron a interrogarlo y a injuriarlo con gran frecuencia. "Quería que les entregara al doctor Martínez Soriano y a un tal Julián, que todavía no sé quién será, y mientras me sugerían las respuestas que deseaban me daban con una tabla en los glúteos y la espalda", escribe en su testimonio.

Los agentes lo obligaban a permanecer parado de puntas y cuando cambiaba de posición lo tundían con lábata o le aplicaban palmadas en los oídos; también "me pegaban en la región lumbar, el primer golpe me enderezaba, el segundo me paralizaba y el tercero me bloqueaba la respiración, por lo que no podía emitir palabra alguna". Presente constantemente, Nassar Haro "me hacía correr, con las manos amarradas y sin quitarme la venda de los ojos, y les decía a los otros, si me llegaba a caer: denle 10 mazazos más".

Al séptimo día de su secuestro, el médico fue sacado del edificio y trasladado en una camioneta Combi a la ciudad de Salina Cruz, en Oaxaca. "Ahí me llevaron a una casa cerca del puerto, me echaron a una celda sin comer ni quitarme la venda, y un hombre me examinó; allí pasé la noche. Al amanecer me subieron de nuevo en la camioneta y venimos de regreso a México", relata el doctor, aclarando que ambos viajes los hizo tirado y maniatado en el suelo del vehículo.

El viernes 26 de mayo, a las 7 de la noche, el doctor González Urióstegui fue liberado en la calzada de Tlalpan, cerca del estadio Azteca. "Los agentes me dieron 300 pesos, me quitaron la venda y me dijeron que no dijera nada de lo que me había pasado o que a la otra me iba a ir peor".

Debido a la opresión de la venda sobre los nervios ópticos sufrió durante horas serios trastornos en la vista.